

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Numero suelto, 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 13 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana,—jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral. izq.ª

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTES: ORTEGO Y PEREA.

LA MINORÍA.

¿Habeis hallado jamás en los laboratorios químicos, ni en las imaginaciones poéticas, un elemento más disolvente que la minoría republicana? Lo dudo.

Espero que la posteridad, escandalizada, condenará su antipatriótico proceder y la satánica táctica de que se vale para conseguir sus bastardos fines.

Cinco meses tardó el Gobierno provisional en reunir la Asamblea Constituyente, y en esos cinco meses los hombres que hoy componen la minoría tuvieron tiempo sobrado para armar bullangas, para predicar absurdos, para derramar el fecundo miedo y la alarma indispensables a los gobiernos que necesitan un pretexto gordo para hacerse fuertes.

Sus manifestaciones incruentas, sus peroratas tibias, sus comités y clubs fueron actos de la ingratitude más negra, y en vez de contribuir a la realizacion de las esperanzas del gobierno que habia fundado sus sensatos proyectos en una mayoría unánime y compacta, trajeron al seno de la Representacion nacional una porcion de gente insensata, divagadora y ambiciosa, que en no alcanzando todas las libertades, se figura que se falsea una revolucion como la presente.

Por fin hubo Asamblea y se les aplicaron todos aquellos argumentos capaces de desvencijar a las minorías más sólidas como tuviesen algo de razonables, y la nuestra permaneció impasible sin considerar que así daban muestras de una indecorosa anestesia y desautorizaba al paternal gobierno que una exigua parte de la Junta de Madrid habia propinado a la nacion española.

En vano decia un ministro con el ímpetu más poderoso: ¡Están divididos en socialistas é individualistas!

La minoría callaba.

—¡Estais divididos en unitarios y federales!

La minoría sonreía.

—¡Habeis predicado la reparticion de bienes!

La minoría se volvia los bolsillos al revés con una calma desesperadora, y el ministro enronquecido tuvo que reconocer que aquella conducta no podia esperarse de ciudadanos españoles, porque contrariaba los patrióticos planes de traer un rey extranjero.

Ahora esa minoría se encuentra cara á cara con un proyecto de Constitucion, cuyos autores, con una lealtad que les enaltece, confiesan que no gusta a nadie.

Hecha esta confesion, la minoría deberá discurrir que, no gustando el proyecto a nadie, debe ser aprobado por todos, que en este mundo todos hemos venido a padecer, y que de un mal proyecto, equitativamente repartido, apenas le toca nada a cada español.

La comision habia llevado su celo conciliador hasta el punto de dejar en ciertos artículos defectillos y huecos que se prestaban a galantes enmiendas,

con el objeto de que pudieran esas enmiendas ser presentadas y admitidas sin perjuicio de las buenas costumbres parlamentarias; pero esa minoría salvaje, desentendiéndose de toda cortesía, lo ataca todo; el rey, los Borbones, la pena de muerte, las quintas, el estanco, todo, en fin, y no deja paz ni reposo para el orden social.

Así no es posible soberano alguno.

¿Cómo ha de venir un rey si no ve tumultos que apaciguar, minoría que arrojar de la Cámara, ciudades que bombardear, rebeldes que domeñar; si ni siquiera se levantan aquellas partidas de carlistas más deseadas que el rey Fernando y el bacalao de Escocia, partidas que habrian sido utilísimas para ensayar la renovacion de los estados de sitio y los distritos militares?

Si estuviera hecha la Constitucion, cosa de que a estas horas podíamos alabarnos a no ser por la terquedad de la minoría republicana, evidentemente ya tendríamos rey, que es el principal objeto de la revolucion de setiembre.

¿Por qué?

Porque donde quiera que un pueblo declara de veras que quiere que le reinen, se despiertan altos y generosos afectos en todos los príncipes, aun en aquellos que viven en los más remotos climas.

¿Por qué no es rey D. Fernando? Porque no quiere.

¿Por qué no lo es Montpensier? Porque no quiere.

Y doña Isabel II, y D. Alfonso, y D. Carlos de Borbon y de Este, no reinan porque no quieren, y no quieren porque la minoría presenta demasiadas enmiendas al proyecto de Constitucion.

A Luis Bonaparte, de quien se ha tomado pretexto para achacarle algunas de las dificultades con que se tropieza para poner rey, todos los candidatos le son iguales. No se interesa por ninguno. Lo que él desea es que haya paz y que los buenos franceses crean cada día más útiles y suficientes las instituciones que él se ha dignado darles.

Los ministros están perfectamente de acuerdo en que haya rey. Solo les falta decidir sobre quién ha de reinar, cosa de poquísima importancia y sobre la cual quedarán convenidos cualquiera tarde que tengan un rato desocupado.

De suerte que aquí el mal, la rémora, el obstáculo, lo reaccionario, lo disolvente, es la minoría.

¿No le parece a Vd., señor director del GIL BLAS, que estas reflexiones podrian ser quizás las de todos y cada uno de los que componen la mayoría?

R. ROBERT.

125,000 DUROS POR CABEZA!

Cuando está uno más descuidado, le cae encima una noticia que lo aplasta.

Retíreme a casa la otra noche muy tranquilo pensando en las penalidades de los monárquicos, a quienes el cielo benigno les niega rey.

Y me decia:

Veá Vd. por donde en esta mi amada patria, los hombres no logran rey.

Y como van a tener que ser libres.

Y eso es lo que les conviene, y lo que hoy parece que han olvidado.

Dicho esto, penetro en mi aposento, cojo los periódicos, y... aquí entra Isabel de Borbon, es decir, la más negra.

Con esa encantadora malicia que le distingue, La Epoca copia de La Discusion una noticia, por supuesto, solo con objeto de protestar contra ella.

Como yo voy a protestar tambien.

Esas cosas no se dicen mas que en ese tono.

Figúrate, lector, que decia La Epoca, copiándolo de La Discusion, una cosa parecida a esto:

«Montpensier no desiste, y trata de comprar votos entre los diputados a razon de veinticinco mil duros por cada uno.»

Y añade:

«Esto es una ofensa a la dignidad de nuestros representantes. Protestamos, etc.»

Yo digo lo mismo que mis apreciables colegas:

«Esta es una ofensa... etc. Protestamos, etc., etc.»

Hecha esta salvedad, discurremos sobre la noticia.

¡25.000 mil duros por cada voto!

¿Le parece a Vd. floja la noticia?

Lo primero que se me ocurre es que no hay ningún patriota que sirva para descalzar al duque de Montpensier.

Porque, como yo supongo que la intencion del duque de Montpensier es la de hacernos felices, creo que nadie hará por nosotros tantos sacrificios como él.

Suponiendo que necesite cien votos, toda vez que cuando se eligió a D. Fernando era porque él tenia muy pocos, hay que confesar que se necesitan para comprar las cien cabezas de ganado constituyente, nada menos que 50 millones.

Y no hay remedio.

O el oficio de rey tiene muchos gajes (lo cual es cierto), ó el patriotismo del duque de Montpensier excede a toda ponderacion.

No se dan tantos millones por el placer de sacrificarse inútilmente, a no ser que las almas de los reyes estén por cima del vulgo de los hombres, como creen muchas poetisas de las que dedican versos a los nacimientos de los príncipes.

Pero se me ocurre una observacion.

Si esto es cuestion de dinero, ¿por qué no sacar el trono a subasta?

Ahí tenemos a doña Isabel, que es muy capaz de dar por el gustazo de volver a reinar más millones aun que Montpensier el deseando.

Y de esta manera podriamos recuperar algo de lo perdido.

¡Ah, si los pueblos fueran cucos!

Peró los pueblos creen todavía que el rey es más rico y más sábio que ellos; los pueblos ignoran que la Majestad no es otra cosa que el miriñaque de la política.

De todos modos, 25,000 duros por decir—«Montpensier»—cuando se elija monarca, me parece una cantidad decente si no trajera consecuencias.

Después de noticia tan alarmante como la que nos da La Epoca, si mañana resultara elegido Montpensier el deseando, ¿qué pensaria el país?

¿Se llamaria a estas Cortes el Congreso de los vendidos, ó el Congreso de los comprados?

Ya me figuró la votacion.

—Fulano de Tal, vota por Espartero.

—Zutano, por Aosta.

—Perengano, por Montpensier.

Voz GENERAL.—¡¡25,000 duros!!

El diputado se desmaya.

LA MUJER DEL DIPUTADO (*desde la tribuna*).—Anda, hijo, que mientras tengamos un duro no tienes que rebajarte á nadie.

Afortunadamente no ocurrirá nada de esto.

Ni creo á Montpensier capaz de comprarlos, ni á los diputados capaces de venderse.

Por cuya razon, Montpensier se quedará en su casa y el trono en el aire.

LA VIDA PRIVADA.

Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Muy señor mio y de todo mi aprecio: Yo soy, sin agraviar á nadie, un hombre de bien, aficionado á llamar á las cosas por sus nombres, ó como vulgarmente se dice, al pan pan y al vino vino, y dispense usted la llaneza.

Sentadas estas premisas, que pueden servir de presentacion, diré á Vd. en confianza que soy muy su amigo y le quiero bien, aunque no tengo la honra de tratarle,—ni lo necesito,—que nunca fuí dado á cultivar amistades con señores ministros.

Yo he seguido con atencion la marcha de Vd. en el ministerio de su cargo, y le aseguro, sin lisonja, que me ha parecido revolucionaria y digna de aplauso en muchas ocasiones, y no digo en todas, porque viene á mi memoria en este momento la malhadada division en *dos castas* de los ingenieros y el sostenimiento de los cuerpos facultativos.

Como orador parlamentario, no me parece que se distinga Vd. por la cultura de la forma, ni por lo atinado de la frase; pero sí por la franqueza de sus declaraciones y por lo arraigado de sus principios.

Calcule Vd. ahora cuánta sería mi extrañeza al oír en la sesion del juéves ciertas expresiones, que más parecian propias de afeminados lábios, que pronunciadas por un hombre de corazon entero y, si se me permite decirlo así, de pelo en pecho.

Contestaba Vd. al Sr. D. Cirilo Alvarez, que con los años ha perdido sus liberales lozanías, y censuraba de cierta manera á los periódicos que habian tratado de un modo inconveniente á una señora, en quien yo me figuro ver aludida á Isabel de Borbon. Habló Vd. tan bien de la vida privada y del respeto que merece; cosas ambas, que mezcladas con verdades de á fólio, producen el más caprichoso contraste.

En lo que se refiere á cierta desgraciada señora, debo decir á Vd. que no la hemos tratado del todo mal. Compréndese perfectamente que en el sensible corazon de una niña pueda hacer daño eso que algunos llaman falta de respeto á la desgracia; pero señor, los hombres deben ahogar á veces los impulsos del corazon para cumplir con su deber.

Mientras Isabel de Borbon era nuestra reina, nadie pudo decir al pueblo todas las infamias, todas las miserias, todos los escándalos de que era repugnante teatro el palacio real; ahora podia hablarse y ha debido decirse la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad; pero nada menos: no por odio á esa mujer, por amor al pueblo, no en perjuicio de la reina destronada, sino en bien del país.

Fuerza es que un día y otro día, y muchos más enseñemos al pueblo cuán justo, cuán razonable es el odio y el desprecio que justamente debe inspirar á toda persona de sana conciencia esa dinastía derribada.

Así, solo así: refrescando la memoria de los pueblos; haciendo que el niño aprenda desde la cuna á odiar su nombre; haciendo que la madre enseñe á la hija los principios de la moral y la aversion á una familia desmoralizadora é infame, solo así, repito, conseguiremos que justifiquen la revolucion nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos; no de otro modo nuestros padres inocularon en nuestra sangre el odio á los franceses invasores, odio de que aun existen apagados restos, prontos á reanimarse al más insignificante asomo de peligro.

Vea Vd., pues, amigo mio, cómo los periódicos satíricos que ridiculizan y atacan á esa señora, nuestra reina ayer y que hoy saborea—sin grandes trabajos—el pan de la emigracion, no lo hacen por satisfacer un pueril deseo de venganza, ni por mero capricho.

De mí sé decir, que nunca aborrecí á Isabel de Borbon, que hoy no la aborrezco. La juzgo cruel, sanguinaria é hipócrita; por eso me repugna como señora, por eso me hacia daño como reina.

Otro punto hay en el discurso de Vd., Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, que no ha podido menos de llamar mi atencion.

Hablo de lo que Vd. llama respeto á la vida privada.

¿Pero quiere Vd. decirme dónde termina la vida pública y donde comienza la vida privada?

¿Cree Vd. sinceramente que hay en efecto en cada hombre dos personas, el hombre privado y el hombre público?

Pero señor ministro, por Dios; mire Vd. que esta es una division imaginaria que debió de inventar algun tuno de playa ó algun caballero de industria.

¿Acaso el hombre honrado, el caballero decente puede temer que sea conocida su vida privada?

Algo y aun algos, tendrá de oscurilla y de pecaminosa la vida de los que temen que se hable de ella.

Y en este caso, ¿el hombre que aspira tal vez á regir los destinos de un país, el hombre que se propone moralizarle, puede decir, como dicen algunos eclesiásticos, haz lo que yo te digo, no hagas lo que yo hago? Esos distingos teológicos no parecen bien en hombres serios.

Si yo conozco algun defecto en un hombre que aspira á ser ministro, cometeré una felonía, una traicion á mi país sino digo muy alto: «Mira, ese que quiere ser diputado, ese que aspirará mañana á ser ministro, es mal padre, es mal esposo, luego no tiene buenos sentimientos; pueblo, alerta: ese que no ama á sus hijos; no puede amarte! ese que á nadie quiere, no puede quererte; si algo pretende no será en bien tuyo sino en provecho propio: ten esto en cuenta.

O bien: «mira, ese hombre derrocha y malbarata su hacienda; calcula ahora lo que hará con la tuya.»

«Ese hombre está dominado por una pasion cualquiera, el juego, la avaricia, la lujuria; cuando la ocasion se presente se sacrificará por ella.»

¿Es esto ó no la vida privada?

¿Es esto lo que debe respetarse? ¿Por qué razon? ¿En nombre de qué principio de moralidad y de justicia?

No, señor ministro, dura es tal vez, pero esta es una de las penalidades de la vida pública.

Los hombres que figuran no tienen vida privada.

Aparte de estas dos ideas, debo declarar que lo restante de su discurso me pareció bien, y no lo digo por lisonjearle, pues conceptúo á Vd. suficientemente discreto para que le tengan sin cuidado los aplausos y las censuras de su afectísimo q. b. s. m.

A. SANCHEZ PEREZ.

Consignemos un recuerdo á las víctimas de la libertad.

Mañana 26 de Abril, es el 23 aniversario de los terribles fusilamientos del Carral (Galicia). Dos comandantes y diez capitanes fueron pasados por las armas.

¡Honor al valor desgraciado!

¡Maldicion á los verdugos!

QUE ME MAREO.

Dice la prensa de cierto vuelo, que si hay quien piensa dar el camelo de propinarnos á don Antonio, puede llevarnos ¡ay! el demonio. Pero declara, y á voz en grito, que si en las Cortes se resolviera que aquí reinara don Antoñito, preciso fuera que se acatara ¡ay qué belén! Ea, que ustedes lo pasen bien.

Dice Serrano que es tontería poner la mano sobre el asunto de monarquía,

porque es un punto de muy difícil resolucion; pero asegura que hay gran premura, porque la cosa va siendo grave, y hay confusion, vaya, señores, yo no comprendo la situacion!

Dice aquel hombre que ustedes saben, que por su nombre quiere que acaben ciertas sospechas que de él se tienen, y que á estas fechas no le convienen. Declara y jura que los Borbones no volverán, y que allá en Francia con su arrogancia se quedarán. Y á poco rato dice que algunos venir podrán... que usted se alivie, señor don Juan!

¿QUIÉN ES?

El Sr. FIGUERAS.—Esa mayoría monárquica no tiene monarca.

El Sr. RUIZ ZORRILLA.—Está Vd. equivocado; la mayoría tiene monarca, y Vd. lo verá en su día.

¡Qué compromiso para mí, lector, el de tenerte que decir quién es el monarca de esos señores mayores!

Porque estoy seguro de que tú, lector, quien quiera que seas, te crees en el derecho de exigirme que te declare quién es el monarca...

¿No estoy yo en el mundo para contarte todo lo que pasa en él?

Para eso te has suscrito al periódico. Para eso pasas la semana esperando que yo te dé noticias frescas.

Tú vives en la provincia, yo vivo en la capital. Tú necesitas leer los periódicos, y los periódicos deben decirte todo lo que te interese.

Y supuesto que lo del monarca te interesa más que nada, porque es negocio que te puede salir muy caro, claro es que como periodista estoy obligado á comunicarte lo que haya sobre el particular.

¡Grande apuro es éste! ¿Cómo sabria yo quién es el rey?

¡Qué demonios! Quien no se aventura no pasa la mar. No hay más que irse á casa del Sr. Ruiz Zorrilla.

—Sr. Ruiz Zorrilla, yo quisiera pedir á Vd. un favor.

—Vd. dirá.

—Aquí en confianza... ¿me quiere Vd. sacar de una duda?

—Si Vd. no se explica...

—Hombre... ¿quién es ese monarca que tienen Vds. guardado por ahí para sacarlo á luz en la primera ocasion?

—¡Ay, amigo mio! Si se lo digo á Vd., sabrá usted tanto como yo.

—Desde luego, pero como yo no se lo he de decir á nadie...

—No puedo complacer á Vd.

—¿Pero será posible que haya tal monarca?

—¡Uf! ¡Y flojo que es!

—¿De veras?

—Ya verá Vd., ya verá Vd. qué monarquillo tan retegrecioso.

—¿Francés?

—¡Quiá!

—¿Aleman?

—¡Quiá!

—Ea, Sr. Ruiz Zorrilla, que Vd. lo pase bien.

—Vaya Vd. con Dios.

Decididamente el ministro de Fomento no suelta prenda. ¡Caramba! Cómo haria yo para saber...

Lector, espérate un poco que voy á llegarme á casa del general Prim.

SENADO
TRIBUNA DE PERIODISTAS

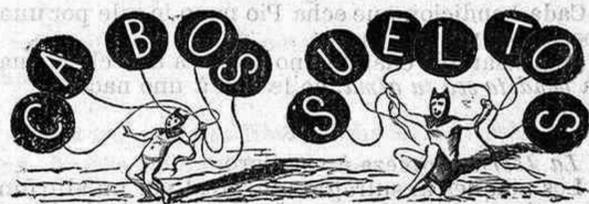


Prohibición de la entrada de periodistas en la sesión celebrada por la mayoría en el Senado.

—General, le digo, hágame Vd. feliz.
—Si es posible...
—Creo que sí. ¿Es Vd. el que tiene guardado el monarca?
Se sonríe el general.
—Vamos, le digo yo, ¿Vd. lo tiene?
—De verdad que no, me dice siempre sonriendo; lo que puedo asegurarle a Vd. es que aunque quisiera yo tenerle en casa, no podría.
—¿Por qué? ¿Huele mal?
—No; pero es un rey tan grande, que no cabe por ninguna puerta.
—¡Canastos! ¿De veras?
—Como Vd. lo oye. Es mucho rey para todos los días.
—¿Y no me podría Vd. decir quién lo tiene?
—No veo una necesidad...
Y vuelve a sonreír picarescamente el general.
Me voy a ver a Topete.
—Brigadier, yo estoy seguro de que Vd. es quien tiene escondido al rey.
—Camará, ¿qué quiere decir eso? pregunta Topete muy asustado.
—Vamos, ¿en dónde está, en algún buque de esos que tiene Vd. en Santa Pola?
—Hombre, le juro a Vd. que no.
—¿Pues en dónde?
—¡Si yo no sé nada de eso! Esas son cosas de Ruiz Zorrilla, que es el mismo demonio.
Me retiro de casa del marino lleno de confusiones.
Voy a entrar en el ministerio de Estado, voy a abrir una puerta, pero un portero se precipita sobre mí, y dice muy azorado cogiéndome por la mano:
—¡Ahí no se puede entrar!
—¿Estará ahí dentro el monarca? pienso yo. Pero luego digo:

—¡No es posible!
Y no es posible; aquella puerta conduce a Palacio.
Procuro sondear el pensamiento de los diputados conservadores.
—¿Qué hay del monarca? le pregunto a uno.
—¿Cuándo sale del escondite?
—En cuanto desarmemos al pueblo, me dice.
Esto me da que pensar, porque temo que el rey se muera de falta de ejercicio.
En mi afán de averiguar, me tomo libertades con los personajes importantes de la situación.
Quiero ver si a fuerza de bromitas logro adquirir confianza.
A este le toco en el hombro, al otro le convidó a pasear...
Voy a sacarle el pañuelo del bolsillo a Rios Rosas...
—¡Quieto! dice echándose mano y dando un paso hacia atrás.
—¿Llevará D. Antonio el rey en el bolsillo?
Observo que D. Salustiano no se quita el sombrero...
—¿Llevará dentro al monarca?
Pero mis conjeturas no pasan de tales; vivo preocupado, todos los hombres me parecen reyes...
Entro en una fonda; una necesidad apremiante me obliga a abrir la puerta del número 100...
Una voz grita desde adentro:
—¡Está ocupado!
—¿Será un pretexto? murmuro. ¿Estará aquí el rey?
Lector, dispénsame la torpeza; pero no he podido averiguar nada.
Ello es que hay un rey oculto, a quien la mayoría nos presentará cuando lo crea oportuno. Un rey que

debe estar metido en algún cofre, según parece, ó según no parece.
¿Quién es? nadie lo sabe.
¿Quién le ha traído? se ignora.
¿Cuándo saldrá? no puedo decirlo.
Lo que sí me atrevo a suponer es, que el monarca de la mayoría puede ser un sugeto cualquiera.



—¿Conque esas tenemos?
—¿Con que hay diputados que piensan en la restauración?
—¡Hombre, yo quisiera conocerlos!
Procuraré averiguar sus nombres, y una vez averiguados, se los diré al público.
Y añadiré:
—Pueblo español, estos señores han sido elegidos por sufragio universal, estos señores se han aprovechado del sufragio universal y de las libertades proclamadas por la revolución para venir a las Cortes Constituyentes y trabajar en pro de la restauración de los Borbones.
¡Pueblo español, duro en ellos!

Me ha asegurado el Sr. Ruiz Zorrilla en pleno Parlamento que habrá monarca.
Vaya, hombre, no gastar bromas. Mire Vd. que puede no haberlo, y dos camelos sería ya demasiado.

El duque de Montpensier viene á España.
La Correspondencia, al anunciarlo así, nos ha vuel-
to á decir que viene como simple particular.
¡Y dale con la simpleza!
No, hombre, no insultar. Vendrá como particular,
pero como simple, lo dudo.
Yo creo que vendrá como compuesto.



Saludo cordialmente á los nuevos diputados re-
publicanos que vienen al Congreso.
Y les suplico que no vengan como simples parti-
culares; ¡por el contrario...!



Varios estudiantes de medicina han elevado una
exposicion al rector de la Universidad central pi-
diendo que se prohiba la reunion de toda fuerza ar-
mada en los establecimientos de instruccion pú-
blica.
Ahora pueden elevar otra exposicion los volunta-
rios de la libertad al comandante general, pidiendo
que se prohiba toda reunion de estudiantes donde
haya fuerza armada.
Convénzanse Vds., estudiantes y milicianos; no
está el mal en que las gentes se reúnan unas cerca
de otras; lo esencial es que las gentes se respeten
mútuamente.



Por fin he visto en *La Correspondencia* que el se-
ñor ministro de Fomento ha dispuesto la pronta pro-
vision de las cátedras vacantes en varios institutos.
Bien, hombre, bien, así me gustan á mí los mi-
nistros. Que hagan caso de las justas reclamaciones
de la prensa.



España está tranquila.
Ya lo veis, no sucede nada.
Por más que los moderados de la situacion revolu-
cionaria buscan y rebuscan, no encuentran un mo-
tin, ni un trastorno, ni un reparto de bienes que
echarnos en cara.
Con esta paz, que sólo interrumpen las medidas
desacertadas del gobierno, ¿quién se atreve á traer
monarca?
Hemos convenido en que no podemos vivir sin
monarca.
Pero, ¡qué horror! vivimos bien sin él.
¡Esto es horrible, Olózagamente monstruoso!



Efectivamente, la direccion de comunicaciones
tiene mucha razon. Eso de usar sellos lavados es un
robo como otro cualquiera.
Por mi parte, si recibo algun sello de esos no
pienso tardar mucho en decirle al director general
quién me lo ha enviado.
¿Pues qué, no hay más que estafar?



Pasa de un millon de duros lo que los católicos
han enviado al Papa, con motivo del quincuagésimo
aniversario de su primera misa.
¡Pobrecito Papa! Decian que estaba tronado, y
atribulado, y qué se yo cuantas cosas más.
¡Me parece que con ese piquito ya hay para echar
un tacol!
Eso es lo que tiene de bueno el catolicismo. Siem-
pre le está dando dinero al Papa.
Se comprende que el Papa sea el padre comun de
los fieles. Es un buen negocio.
Cada bendicion que echa Pio nono le sale por unos
doscientos mil reales.
¡Y pensar que cuando uno le dice á una chica gua-
pa *bendita sea tu alma*, no le dan á uno nada!



La Iberia empieza á ver claro.
Los ataques al sufragio universal por un alto fun-
cionario, nada menos que el subsecretario de Ultra-
mar, la pone en el caso de pedir nuevos ministros.
Es menester que los diputados piensen en esto.
La soberania está en las Cortes.
El general Serrano no puede hacerse el sordo por
más tiempo.
Pues qué, ¿no sabe todo el mundo que el minis-
terio de Ultramar, por ejemplo, es un centro de mo-
derados con capa de unionistas?
Fuera de Cazorro y Blasco ¿qué liberales hay allí?



¿Sigue de subsecretario
el mocito de Antequera,
que con estilo ordinario
mina la base primera
de nuestra revolucion?
—Sí señor.
—¡Habrá baldon!
Nunca el ejemplo me venza
de estas cosas tan penosas,
pues se zanan estas cosas
por un deber de vergüenza,
(como dijo Rio Rosas).



El teatro del Circo está lleno todas las noches.
El teatro Español está poco concurrido.
Ahora debian hacer los Catalinas un propósito
para protestar *del loco afan con que el público acude*
á ver á los artistas eminentes.



El obispo de Jaen ha administrado al diputado
republicano Cervera.
¡Con qué gusto verian los neos que el obispo fue-
ra el administrador general de la minoría repu-
blicana!
¿Verdad, hijos?



El emperador de los franceses sigue tan obsequio-
so con la reina que fué de España.
El imperio me va pareciendo una cosa parecida al
teatro de verano.
Es la reaccion *con obsequios*.
¿Lo devorará el público?



Sigo pidiendo la modificacion ministerial.
Y la pido con más razon desde que la union libe-
ral se va declarando francamente anti-revoluciona-
ria, y sin embargo, continúa sentada á la mesa de la
revolucion.
Abajo los reaccionarios. No seamos incautos. A tí
te lo digo, pueblo; entiéndelo tú, gobierno.



Hay muchos diputados que no están conformes
con que se incapacite á todos los Borbones para rei-
nar en España.
Esos diputados han olvidado sin duda que esa fué
la primera declaracion de la Junta Revolucionaria
de Madrid.
Hablemos claros. ¿Es que la revolucion se va vol-
viendo un manejo?
Lo sentiria por los pájaros gordos de la situacion,
porque ahora es tiempo de caza.



El P. Sanchez no quiere al *niño terso*.
Este P. Sanchez tiene cosas buenas algunas ve-
ces. ¿Qué dirán los otros padres?
Me parece que en todas partes cuecen habas.
Es decir, que en todas partes hay division.
Solamente *nosotros* vivimos unidos. Y esa es nues-
tra ventaja.



—¡Trás, trás!
—¿Quién es?
—El cobrador de la capitacion.
—¡He fallecido!



El Sr. Romero Robledo no ha contribuido á la re-
volucion más que con un aplauso.
De modo que ha hecho el papel de *alabardero*.
Y como todo *alabardero*, después de gozar gratis
de la funcion, critica la obra.



El antiguo progresista D. Cirilo Alvarez, se per-
mite tambien pedir ley especial de imprenta.
Estos progresistas á la antigua me cargan.
Lo dicho: solo me gustan los progresistas desde
Calvo Asensio para acá.



Dice *La Discusion* con muchísima razon:
«Montpensier es imposible, la nacion se levantará
en masa.»
Al noble duque le quedarán siempre dos litera-
tos de punta, que se alegrarian de su triunfo.
Fernán Caballero y Santana; el último preferible
al primero, porque ya no ejerce.



El domingo hace Salvini por última vez la trage-
dia *Torcuato Tasso*.
Lector, no la pierdas.



El *niño terso* emite en Paris acciones de 250 fran-
cos, pagaderos en 2.000 rs. el dia que fuera rey de
España.
Esto seria una estafa, si en Paris hubiera quien se
dejase estafar.



La fraccion que votó contra el sufragio universal
la enmienda de Romero Robledo, consta de catorce
individuos.
Aunque hay algun andaluz, los demás son ga-
llegos.
Por eso se la llama la *muñeira parlamentaria*.



El Imparcial declara ya cuál es el crimen miste-
rioso á que se referia.
En un convento de Madrid ha estado presa y em-
paredada cinco años una señora extranjera.
Un cura hacia de carcelero.
Se teme que la víctima, á pesar de estar ya en li-
bertad, no pueda vivir.
Pues señor, es una delicia esto de los conventos.
En unos se descubren minas que conducen á los ca-
nónigos, y en otros mujeres emparedadas.



Ciertamente que esto ya pasa de castaño oscuro.
Vemos en altos puestos á una porcion de nulida-
des, y nos callamos porque los creemos revolu-
cionarios.
Viene un dia, y resulta que ni siquiera son revo-
lucionarios.
Pues señor, será preciso coger una escoba y bar-
rer esto.



En el lugar correspondiente verán Vds. el anun-
cio del último libro en verso de nuestro compañero
Palacio.
Es un elegante volumen de 200 páginas.
No nos toca á nosotros elogiar esta obra. En el
próximo número publicaremos un lindísimo roman-
ce con el que el autor dá feliz término á su tarea.



A nuestro amigo *El Imparcial* no le parece bien
la noticia de que en San Sebastian se cree un Casino
con juego de ruleta y treinta y cuarenta, como en
Baden, ó sustituyendo á Baden.
Vaya, compañero, no haga Vd. tantos aspa-
vientos.
Nadie es más moral ni más jugador de lo que
quiere.
No se ha de hundir el mundo por un Casino más
ó ménos, ni porque vengan á San Sebastian, á dejar
su dinero, todos los *escéntricos* de Europa.
Antes al contrario: San Sebastian ganará mucho
y nosotros no perderemos nada.



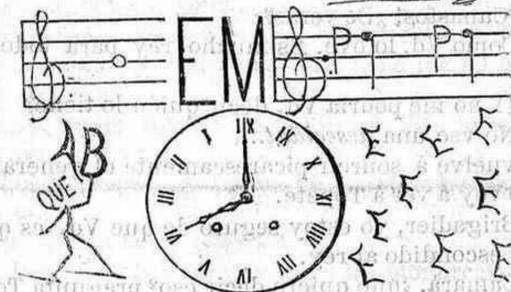
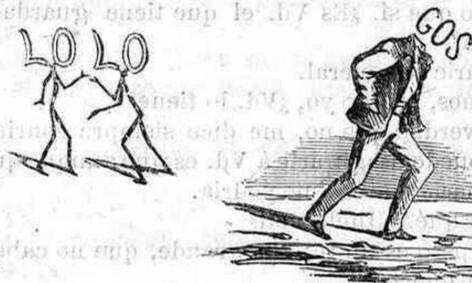
¿Qué he de decir de una carta que ha publicado *La*
Regeneracion sobre aquello de la Rápita?
La Iberia ha hecho bien en no incomodarse con
La Regeneracion, ni con su sistema jesuítico.
¿Para qué, si no habia de encontrar un hombre?



PASATIEMPO.

Solucion á las Charadas del número anterior:—1.ª, *Pi-
caron*.—2.ª, *Lio*.

JEROGLÍFICO.



(La solucion en el próximo numero).

UN LIBERAL PASADO POR AGUA.

RECUERDO DE UN VIAJE Á PUERTO-RICO,

POR

MANUEL DEL PALACIO.

Este libro, que hemos anunciado anticipadamente, está de venta á 10 res-
les ejemplar.
Dirigir los pedidos al editor Guijarro, Preciados, 5.

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.